

Memorias
de un Asesino
Israel Rank



Primera edición en REINO DE CORDELIA, junio de 2015

Título original: *Israel Rank: The Autobiography of a Criminal*, 1907

[Edición basada en la publicada por Faber Finds en 2008]

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B

28016 Madrid

Traducción: © Susana Carral Martínez, 2015

IBIC: FFC

ISBN: 978-84-15973-55-3

Depósito legal: M-19039-2015

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Gráficas Zamart

Impreso de la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Memorias
de un Asesino
Israel Rank

Roy Horniman
Traducción de Susana Carral



Índice

Nota preliminar	9
Capítulo I	11
Capítulo II	25
Capítulo III	57
Capítulo IV	71
Capítulo V	81
Capítulo VI	91
Capítulo VII	107
Capítulo VIII	121
Capítulo IX	135
Capítulo X	163
Capítulo XI	199
Capítulo XII	203
Capítulo XIII	209
Capítulo XIV	221
Capítulo XV	243
Capítulo XVI	257

Capítulo XVII	269
Capítulo XVIII	289
Capítulo XIX	295
Capítulo XX	313
Capítulo XXI	321
Capítulo XXII	341
Capítulo XXIII	349
Capítulo XXIV	363
Capítulo XXV	367
Capítulo XXVI	371
Capítulo XXVII	393
Capítulo XXVIII	409
Capítulo XXIX	413
Capítulo XXX	429

Nota preliminar

SEGÚN DICE EL PROVERBIO, todo termina por saberse, incluso el asesinato, pero no veo por qué habría de ser así. En cualquier caso, se trata de una afirmación imposible de demostrar y que siempre será cuestión opinable. Debido a que ciertos criminales algo torpes se han puesto al alcance de ese perro de presa que es la Ley, se nos pide que creamos que el crimen es invariablemente complicado y peligroso, pero esa lógica no resulta tan obvia. Yo estoy convencido de que unos cuantos miembros encantadores de la alta sociedad, en un momento u otro, han sentido la necesidad de eliminar algún obstáculo humano y lo han hecho sin que nadie se enterase y sin sentir esos remordimientos de conciencia que la sociedad, temerosa de sí misma, quiere hacernos creer que aguardan al pecador.

ISRAEL RANK

Capítulo I

UNA TARDE desapacible de otoño. El viento frío había jugado durante todo el día con el polvo, arremolinándolo a lo largo de las calles más mugrientas de Clapham junto con las hojas caídas de los árboles ya mustios, que ocupaban los jardines de los innumerables chalets pareados. Aquí y allá, algunos trozos de papel rasgado susurraban intermitentemente cuando las ráfagas los empujaban a lo largo de la cuneta o, llegado el crepúsculo, flotaban espectrales a media altura, como espíritus incorpóreos que intentaban levantar el vuelo hacia las nubes para verse frustrados por un período de calma que los devolvía otra vez a tierra, donde permanecían hasta que la siguiente ráfaga los levantaba de nuevo.

Entre las deprimentes calles ninguna lo era más que Ursula Grove. Como si hubiesen pretendido privarla del más mínimo rastro de individualidad, se trataba de un simple enlace entre dos calles residenciales más destacadas que corrían paralelas entre sí, aunque tampoco eran demasiado importantes, por lo que la humildad de Ursula Grove resulta evidente.

Cada casa contaba con una estrecha franja de jardín delantero al que se accedía por una puerta de madera mal barnizada en la que se anunciaba, con letras doradas ya descoloridas, que si alguien entraba se encontraría en *La Riviera* o *Mirando al Mar*; el nombre era lo único que variaba. Aunque el nombre resultase inapropiado, nadie parecía hacer objeciones; de hecho se diría que los encargados de bautizar unas propiedades tan impecables habían actuado siguiendo el mismo principio que el pequeño constructor que, al levantar las casas a un ritmo tan vertiginoso que no le permitía perder el tiempo en buscarles nombres apropiados, solía extraerlos al azar de los periódicos, por lo que había bautizado a dos pequeñas atrocidades de estuco pareadas —unidas por la obligación de compartir una pared— como *El Vaticano* y *El Quirinal*, pues los dos nombres aparecían en el mismo artículo de fondo.

Cada casa disponía de un ventanal curvo que correspondía al salón. Si hubiésemos podido quitar los ventanales y dejar los salones a la vista, todos habrían presentado un parecido extraordinario. En ellos aparecía el mismo tipo de sillas y de sofá, la misma mesita auxiliar de bambú e idéntico espejito dorado, lujos que aparentemente debían conformarse con estar allí y dar la impresión de belleza única, ya que sus propietarios casi nunca disfrutaban de ellos. En verano se mantenían las persianas bajadas por miedo a que el sol estropease la alfombra, algo que habría hecho si le hubiesen dado más cancha, en lugar de proteger tanto a esos ejemplos baratos de alfombras de Kidderminster. Los salones delanteros, a pesar de ser las habitaciones más grandes y cómodas de la casa, nunca sufrían la degradación de verse convertidos en salas de estar, por muy

numerosa que fuese la familia. En invierno a veces algún domingo se encendía la chimenea y los habitantes de la casa se sentaban a su alrededor, pero el lunes por la mañana, a la hora del desayuno, ya había desaparecido cualquier rastro de la juerga y los adornos de la chimenea ocupaban de nuevo su lugar, su forja dorada y chabacana resaltando sobre una rejilla muy pulida que resplandecía en la habitación oscura y helada y recordaba a un cadáver amortajado.

Estas frías arcadías eran el orgullo de sus propietarias y si, mientras se ocupaban de sus quehaceres, oían abrirse la puerta de tan sagrado recinto prestaban atención de inmediato.

—Willie, ¿qué haces en el salón?

—Nada, mami, solo miraba.

—Pues sal de ahí y cierra la puerta ahora mismo.

Willie, con edad suficiente para causar problemas pero no para ir a la escuela, hacía lo que le mandaban, impresionado por la advertencia de su madre y consciente del esplendor de la mansión que tenía el privilegio de habitar.

La familia hacía vida en la salita de estar, mucho más pequeña y de forma rectangular por culpa de las exigencias de la escalera. Esos aposentos, al igual que los salones, estaban amueblados con una similitud deprimente: dos sillones de crin con los muelles a punto de rendirse, seis sillas corrientes de comedor a juego, varios grabados enmarcados de los números especiales de *The Graphic*¹, una estantería desordenada y por

¹ *The Graphic* se publicó por primera vez el 4 de diciembre de 1869 y fue un semanal ilustrado británico que tuvo una gran influencia en el mundo del arte. Surgió como competencia de *The Illustrated London News* con la intención de favorecer la literatura, las artes, las ciencias, la moda, los deportes y la música. Incluía una serie de grabados muy apreciados entre la clase media, que no podía adquirir obras originales. (Todas las notas son de la traductora).

suelo un desierto de linóleo con un oasis de alfombrilla cochambrosa frente a la chimenea.

Comento todo esto porque, a la vista de mi desarrollo posterior, el ambiente en el que transcurrió mi niñez es importante.

Fue en una tarde como la que he descrito —al menos así me lo contaron— cuando mi padre se apeó del ómnibus a dos o tres calles de su morada y, después de avanzar sorteando el laberinto intermedio de casas pareadas, se adentró en la deprimente longitud de Ursula Grove.

Se encontró con una imagen poco corriente aunque no asombrosa: las persianas de la primera planta de su casa estaban bajadas y la fuerte luz del interior resplandecía contra ellas y se escapaba por la ranura que quedaba abierta. No podía ser su mujer cambiándose para la cena porque ellos no cenaban y, aunque hubiesen tenido el hábito de hacerlo, ni se les habría ocurrido cambiarse de ropa. Ellos sustituían esa comida por una merienda fuerte que a veces incluía un huevo o un poco de jamón, pero que nunca llegaba a la categoría de cena.

Mi padre apretó el paso. De repente había comprendido la causa de aquel fenómeno. Abrió la puerta de madera del jardín con un cuidado inusitado en él y, sin dejar que se cerrara de golpe, lo que solía indicar que estaba de vuelta en casa, se dirigió a la parte de atrás y entró sin hacer ruido.

Recorrió el pasillo y se detuvo al pie de la escalera. Desde arriba se le echó encima el llanto de un bebé. Tuvo que agarrarse al pasamanos porque le dio un vuelco el corazón y casi se queda en el sitio.

Se sentó en la escalera para recuperarse mientras los ojos cansados se le llenaban de unas lágrimas de orgullo y alegría que acabaron por bañar sus mejillas sin color.

El médico estuvo a punto de tropezar con él al bajar.

—Vamos, vamos, señor Rank, anímese. La muerte está siempre presente.

Al parecer el médico le daba el pésame debido a la fuerza de la costumbre. La frase resultaba de lo más alarmante y mi padre se puso pálido.

—¿Y mi esposa?

—Tanto la madre como la criatura están bien, señor Rank. Es un niño.

El susto desapareció de su rostro. Por fin era padre. Como a Abraham, le había nacido un Isaac.

—¿Puedo subir? —preguntó con timidez.

—Desde luego, pero tenga cuidado de no alterar a la paciente.

Mi padre subió y llamó a la puerta muy nervioso. Abrió la enfermera conmigo en brazos. Sin embargo, he de decir a favor de mi padre que casi ni miró al gran deseo de su vida conyugal, sino que se acercó de inmediato a la cama.

Mi pobre madre levantó la mirada con ternura y cariño hacia la figura pequeña y sosa que se inclinaba sobre ella y sonrió.

—Es un niño —susurró—. Queríamos un niño.

Mi padre le apretó la mano con afecto, pero al recordar que el médico le había recomendado no alterar a la paciente, le dio un beso en los labios y se alejó con delicadeza para ir a ver a su primer hijo, que le llegaba tan tarde en la vida. Solo pudo ver un rostro arrugado, al que la sangre asomaba intermitentemente y lo enturbiaba casi hasta el límite de la apoplejía. Mi padre se inclinó para verme mejor y comprobó que era moreno, algo de lo más lógico ya que él era judío desde la coloni-

lla de su bien formada cabeza a las plantas de los pies, tan grandes.

Si he de creer lo que decía mi madre, cuando ella se enamoró de él, mi padre era un hombrecillo excepcionalmente atractivo, pero para cuando yo nací la ruina física que asola la madurez de casi todos los hombres de nuestra raza había caído ya sobre él.

Mi madre guardaba una pequeña fotografía de él, tomada cuando esa clase de retratos suponían una novedad. Al principio la consideré rancia y anticuada —sin duda engañado por el atuendo pasado de moda—, pero al crecer cambié de opinión. Y es que un día tapé con la mano sobre la ropa anticuada y me encontré con un rostro que —admitiendo la estupenda tez que mi madre siempre le había adjudicado— resultaba excepcionalmente atractivo y muy parecido al mío.

Yo solo lo recuerdo como una criatura apagada, con un estómago absurdamente grande, sobre todo al compararlo con la extrema delgadez del resto de su cuerpo. Era viajante de comercio y atribuía tan inarmónica excrecencia, en una silueta por lo demás esbelta, a la cantidad de aguas carbonatadas que debía añadir a esas copas cuya ingesta resultaba indispensable en su profesión.

Mi madre también era morena, por lo que no resultaba extraño que al nacer mi pelo fuese del negro más oscuro, como mis ojos.

—Es un bebé precioso. Algo pequeño, pero precioso —dijo la enfermera.

Mi padre, que en ese momento no era capaz de disociar mi aspecto de la teoría del señor Darwin sobre el origen de las especies, quiso creerla y se fue al piso de abajo, donde se pre-

paró un té y un par de huevos pasados por agua. Una empanada de carne a medio hacer le sugirió que yo había llegado inesperadamente y quizás eso explicase que fuese un bebé algo enclenque.

Antes de que transcurriese mi primer año de vida, mis entregados padres habían sufrido más de una vez la agonía de la incertidumbre y mi padre había aflojado el paso al volver a casa después de trabajar, por miedo a entrar y que mi madre lo recibiera llorando y le dijera que se había roto el delgado hilo de vida que impedía mi conversión en angelito.

Pero gracias a los cuidados de una madre que, por muy fría que resultase para los de fuera, sentía un afecto abrasador por su marido y su hijo, llegué sano y salvo a cumplir mi primer año.

Durante estos últimos días, tan desagradables y sin nada con lo que entretenerme salvo observar los rostros —en constante cambio— de los guardas, he tenido tiempo de pensar en muchas cosas y más de una vez he reflexionado si no habría sido mejor para mí que mi madre hubiese tenido menos cuidado y permitido que el delgado hilo del que pendía mi vida se hubiese roto.

Mi actual nerviosismo, que hasta mi peor enemigo sabrá perdonar, me lleva a lamentar que sus cuidados obtuviesen tan buena recompensa; pero mi intelecto, que siempre ha brillado con fuerza a través de las tinieblas de mis emociones, me dice que soy un idiota por pensar así y respalda dicha información con una lógica irrefutable. Me pregunto si Napoleón habría renunciado a su carrera llena de triunfos con tal de librarse de Santa Elena. Su caso y el mío se basan en los mismos principios: he disfrutado de una carrera excelente y aho-

ra pago el precio, aunque por suerte el público exige un precio absurdamente bajo. Únicamente si fumo demasiados cigarrillos me pongo nervioso al pensar en la ceremonia del lunes.

Solo espero que mi madre no sufra, porque si por algún motivo su alma tuviese la capacidad de verme en mi situación actual y eso la hiciera desgraciada, me sentiría terriblemente afectado.

Pero volviendo a lo de antes, mi llegada a este mundo debió de suponer un consuelo enorme para mi madre, más que para mi padre. Sus negocios solían alejarlo de casa durante toda la semana y, aunque casi siempre estaba con nosotros de sábado a lunes, la lóbrega casita de Clapham había resultado de lo más aburrida hasta que mis estridentes berridos rompieron el silencio de su ausencia.

Hasta que llegué yo para hacerle compañía, mi madre había tenido que arreglárselas sola y la razón de dicha soledad explica también mi extraña carrera. Es imposible separar la una de la otra.

Mi madre se había casado con un hombre de clase social inferior a la suya. Su padre había sido notario, los negocios marchaban bien y había sido bendecido con un hijo y una hija. No eran ricos pero sí de buena familia, e incluso algo más: solo se interponían nueve vidas entre el hermano de mi madre y uno de los títulos nobiliarios más antiguos del Reino Unido.

El apellido de soltera de mi madre era Gascoyne y su padre el nieto del hijo pequeño del noble. Desde hacía dos generaciones, la familia de mi abuelo se había alejado de la rama aristocrática y principal, hasta el punto de no mantener ya relación alguna con sus miembros. A excepción de un par de retratos de antepasados —el de Lord George Gascoyne, bisabuelo de mi madre, y el de su despilfarradora esposa— no había nin-

guna prueba visible de que su origen social fuera superior a su entorno acomodado y aburguesado.

Y ahora contaré cómo acabaron juntos mi padre y mi madre: el hermano de mi madre era socio de un club de críquet al que también pertenecía mi padre y se hicieron amigos, aunque a simple vista poco podían tener en común el heredero de un notario de éxito y el empleado más joven de una empresa de ventas al por mayor. Pero mi padre contaba con un don para la música que atraía a su nuevo amigo y, como siempre decía mi madre, sus modales eran tan refinados que resultaba posible invitarlo al hogar casi aristocrático de los Gascoyne.

—Tal vez fui sentimental e imprudente —solía decir mi madre con esa voz baja, incapaz de transmitir emociones que hacía pensar a los desconocidos en la imposibilidad de que alguna vez se hubiese dejado llevar por sus sentimientos—, pero tenía unos ojos tan bonitos y tocaba de una forma tan natural y soñadora... Y era tan bueno —añadía como si esa fuera la cualidad que más la había impresionado—. Las cosas podían haberle ido mucho mejor, pero nunca fue capaz de hacer algo poco honrado o malo. Creo que esa forma de actuar ni siquiera llegó a tentarle. Estaba por encima de todo eso.

Mi padre se convirtió en el favorito de aquella familia hasta que cometió la intolerable impertinencia de enamorarse de la señorita Gascoyne. Pasó de ocupar la posición de invitado que siempre es bien recibido a la de «empleadillo judío que se cree más de lo que es», según lo describía mi tío, cuya amistad siempre había tenido un matiz condescendiente.

Lo cierto es que mi tío condenaba la osadía de mi padre de forma más encarnizada que mi abuelo, quien —superada la irritación del primer momento— llegó a sugerir que debían

ponerle al mal tiempo buena cara y convertir a mi padre en abogado, insistiendo en que su raza garantizaba que su ingreso en el despacho no les perjudicaría.

Pero mi tío sin duda tuvo razón al burlarse de semejante propuesta.

—Ni siquiera cuenta con los atributos propios de su raza —dijo, aunque hasta que se pelearon, eso mismo había sido un argumento a favor de mi padre.

La prohibición de verse recayó sobre mis padres y por eso un domingo por la mañana —el domingo era el único día que mi padre podía dedicar entero a algo tan importante— mi madre salió de su casa a escondidas y se casaron antes de la misa matinal, contando con unos ingresos en potencia de cien libras al año: una de las peores locuras sentimentales perpetradas por un par de enamorados imprudentes.

Lo curioso es que fueron felices. Se querían de verdad y mi abuelo, a pesar del control ejercido por mi tío, pagaba a escondidas el alquiler de la casita en la que vivieron toda su vida y que acabaría por comprarles, sin que mi tío se enterase nunca. Mi tío, quien ya desde niño me pareció terriblemente interesante, tenía una gran opinión de sí mismo a causa de la familia de la que provenía y el verse apartada de él fue, sin duda, una de las peores aflicciones de la vida de mi madre.

El tío se preocupó de preparar las pruebas que demostraban su derecho a reclamar el título, por si se daba el extraordinario caso de que todas las vidas intermedias se fuesen apagando una tras otra como una hilera de velas. Sus investigaciones sobre el asunto le permitieron reunir un número respetable de ejemplos en los que un heredero tan lejano como lo era él había logrado acceder al título.

El inadecuado matrimonio de mi madre lo llevó a darse prisa en elegir esposa. Es posible que no hubiera mostrado tanta antipatía hacia mi padre como cuñado si el título de los Gascoyne no hubiese sido uno de los pocos que podía heredarse por línea materna, lo cual implicaba que, hasta que no tuviese su propio heredero, su hermana y su posible descendencia serían los siguientes en la línea sucesoria.

Fue comedido al elegir esposa: la hija de un baronet venido a menos, pero no tanto como para dejar de resultar respetable. Además, quedaría bien en el árbol genealógico. Muy a su pesar, su primer hijo falleció al nacer y la señora Gascoyne sufrió tanto que la posibilidad de un premio de consolación quedó descartada. Y así, en caso de que lo inesperado llegara a producirse, a su muerte el título pasaría a su hermana y a la descendencia de esta.

Lo consolaba el hecho de que hasta el momento mis padres no tuviesen hijos. No sé si podría deberse a la decepción ante su propia falta de sucesor o a una tendencia natural hacia la ostentación, el caso es que el ritmo de vida de mi tío ganó en extravagancia.

Al morir mi abuelo se convirtió en el jefe del despacho. Abandonó la zona residencial de la periferia donde había nacido y él y su esposa se instalaron en el West End londinense, donde se movían en círculos terriblemente caros, tanto que en menos de cinco años mi tío acabó pegándose un tiro para evitar las acciones judiciales que sin duda iban a surgir como resultado del prolongado fraude ejercido con el dinero de sus clientes.

Mi padre y mi madre, que tanto lo habían querido, lloraron su muerte. Era un buen hombre, elegante y amable, y ellos siempre habían creído que algún día llegarían a reconciliarse.

Dado que mis padres no habían llegado a conocer a mi tía, difícil parecía que su relación con ella pudiese empeorar, pero, sin duda para dejar claro lo poco que deseaba tener algo que ver con ellos, ni siquiera respondió a su carta de pésame. Los responsables de liquidar los asuntos de mi tío, cumpliendo con sus deseos, enviaron a mi madre el retrato de mi antepasado, Lord George Gascoyne, junto con un sobre que contenía toda la documentación relacionada con sus derechos al título nobiliario de los Gascoyne. Mi padre, más interesado que nunca en el hecho de que mi madre apareciese en aquellos documentos, se ocupó de guardarlos y creo que cuando nací una buena parte de su júbilo se debió a saberse padre de un ser tan elevado como para ocupar el noveno puesto en la línea de sucesión a un título de conde. Con el tiempo llegó a considerarse una especie de príncipe consorte cuyos derechos como padre del heredero natural no podían dejar de ser considerables.

Creo que nunca hubo un niño cuidado con más devoción que yo. Al haber nacido tan tarde y ser hijo único, mis padres pudieron permitirse verdaderas extravagancias en cuanto a la calidad de mi cochecito de bebé y mis juguetes. Durante los primeros años de mi vida me habría resultado imposible imaginar que no nadábamos en la abundancia.

Me bautizaron con el nombre de Israel Gascoyne Rank. Sin embargo, desde mi más tierna infancia, no recuerdo que nadie me llamara otra cosa que Israel y de pequeño, si alguien preguntaba mi nombre, yo siempre respondía «Israel Rank» y luego completaba la información añadiendo «y también me llamo Gascoyne: Israel Gascoyne Rank».

Supongo que se debe a mi sentido del humor —que nunca he perdido y espero no perder hasta el último y difícil

momento— que me divierta el hecho de que mi santa madre y mi querido y adorable padre me criaran —a *mí*— con tanto amor y afecto. La verdad es que tiene su gracia.

Durante mi infancia feliz jugué en las habitaciones de la lóbrega casa de Clapham y me conformé con la única compañía de mi madre. Desde luego no presenté síntoma alguno de apatía o enfermedad; al contrario, mi carácter fue siempre de lo más jovial. Según mi madre, yo tenía una risa muy contagiosa, que reflejaba lo mucho que disfrutaba y lo alegre que era.

Siempre he atribuido mi desarrollo psicológico posterior a un comentario que le hizo a mi madre la mujer que solía venir a coser a casa.

Yo jugaba fuera de la habitación con un caballo de madera cuando la señora Ives, mientras enhebraba la aguja de la máquina de coser, exclamó:

—Caramba, señora, creo que su hijo está más guapo cada vez que vengo. Nunca había visto semejante belleza. Nunca.

Yo tenía edad suficiente para comprender lo que decía y para que el comentario me llegase al alma, donde plantaría las semillas de un impresionante conocimiento de mí mismo. A partir de ese momento fui un vanidoso. Me acostumbré a que la gente se girase en la calle para mirarme y dijera: «¡Qué niño tan guapo!», e incluso llegué a sentirme molesto si alguien no expresaba claramente su admiración. Mi madre intentaba evitar que me lo creyera, supongo que desde el punto de vista de una moral estricta, algo que no tengo el gusto de compartir. La adulación no es buena, pero al mismo tiempo siempre me ha parecido absurdo criar y tratar a un hijo dueño de un atractivo personal excepcional como si fuera normal y corriente. Si se trata de un chico, se le dice que el atractivo personal no es

importante, que no se debe pensar en eso y que, de ninguna manera, podrá beneficiarle o perjudicarlo; y luego, ya sea chico o chica, al salir al mundo exterior el hijo descubre que se trata de una de las armas más valiosas con la que puede contar, que ante la belleza se ablandan muchos obstáculos insuperables para la gente corriente y que, al fin y al cabo, su orientación moral y su aspecto físico van casi de la mano.

De nada servía decirme que no era extraordinariamente guapo: fui consciente de ello desde el momento en que la señora Ives dejó escapar su halagador comentario.

Mi padre estaba muy orgulloso de mi aspecto. Supongo que sobre todo porque podía afirmar que era igualito a él y que no me parecía nada a los Gascoyne.

Moreno y de rasgos judíos, tenía un óvalo facial bien definido y una elegancia instintiva de la que era plenamente consciente. Desde pequeño nunca he sabido lo que es sentirse incómodo y desde luego nunca he sido tímido. Además, heredé el don de mi padre para la música. En su caso nunca fue más allá de proporcionarle una ligera ventaja social; en el mío, decidí desde muy pronto que debía convertirse en algo más y enseguida comprendí lo útil que podría resultarme para acceder a la alta sociedad.